

Breves Notas Desde el Abismo

Sergio Vargas Ramírez¹



<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-sa/4.0/deed.es>

¹ Soy economista de formación y escritor por necesidad vital. Escribo en mis tiempos libres como una forma de pensar, sentir y buscar sentido. Me apasionan las intersecciones entre la filosofía, la psicología, la espiritualidad y la economía, y trato de abordarlas desde un enfoque riguroso pero profundamente emocional. Mis textos exploran las tensiones entre el individuo y el sistema, la conciencia como motor de transformación y las paradojas de la vida contemporánea. Me interesa el pensamiento crítico, pero también la experiencia íntima como fuente legítima de conocimiento. Para mí, escribir es una manera de habitar el mundo con más honestidad. Es mi forma de diálogo con el caos, con la duda y con esa esperanza testaruda que se resiste a rendirse. sergio122299@gmail.com

Acabo de leer una frase de Schopenhauer que dice ***“la vida es solo la muerte aplazada”*** a primera vista parece mostrar que, hasta cierto punto, todos tenemos el mismo destino desde que comienza el primer respiro de nuestra existencia. Sin duda, aunque no conozco a profundidad las ideas de él, la frase me parece bastante reduccionista porque más allá de saber que todo lo que empieza tiene un fin, sea de la dimensión temporal que sea, lo importante es lo que se hace en el medio y en el caso particular y trascendente del ser humano es como vivimos nuestra vida y que decidimos al hacerlo.

En mi caso, está pregunta me golpea con demasiado brutalismo, casi como una tormenta que ferozmente aplana toda tierra que emerge sobre su paso, y solo lo hace en los pequeños momentos de lucidez sobre los cuales se detiene en mi alma poniendo de cabeza todos los pensamientos que mi infinita mente aplaca dentro de su mismo ser. En el momento mismo en el cual me encuentro escribiendo este ensayo, es algo que no me

Ensayo II

deja dormir -o al menos estar en paz-. Durante los últimos meses, todos los días, este susurro que se asimila al leviatán de mi propia existencia me acompaña... Y es que, aunque parece aparentemente trivial los pasos a seguir para llevar una vida plena -en donde aparentemente la rueda ya fue inventada- parecen para mí solo una nebulosa de decisiones que se debaten entre mis deseos hedonistas, el descubrimiento de mi propósito y la garantía materialista de mi existencia.

Un día como hoy, cuantioso de desidia aparentemente en estancamiento absoluto, mi alma y mi mente en un acto de rebeldía me atormentan al movimiento y a definir con pulso y determinación lo que queremos escribir en ese intermedio. Fuertes discusiones emergen entre mi cuerpo, alma y mente. Algunas batallas parecen haber sido ya por fin victoriosas, en el descubrimiento de mi interior he ya encontrado los valores que estructuran mi carácter y mis preferencias para el desarrollo continuo de mi yo, así mismo como el equilibrio entre mi ser -profundo, carismático y pío- y las fuerzas externas... pero, aún existe un fuerte desbalance entre mi propósito y lo que quiero para el designio de mi realidad.

Cuando hablo de realidad, de nuevo, hablo del propósito de vida y es que la dicotomía surge entre establecer la garantía materialista de la existencia fuertemente influenciada por el ego y la verdadera persecución del individuo que se esconde en el fondo de las máscaras. De esta forma la pregunta que intriga responde: a encontrar el mejor camino. Por momentos en los frenesís que deslumbran mi mente, siento un profundo deseo de aislamiento, ese aislamiento lo describo como la necesidad de irme... lejos, huyendo del sistema, un lugar en donde, sin compromisos pueda dedicarme a explorar las

verdades profundas y existencialistas que abordan al universo y al ser humano, mientras escribo un legado de mis más profundas reflexiones. Pero, por otro lado, el murmullo de la búsqueda de la riqueza —en forma de un hedonismo ético, cargado de un deseo de éxito externo— sucumbe como un fuerte eco.

A primera impresión, la discusión parece tomar la forma de un contorno limitado entre mi yo y el ego. Pero no es tan sencillo. En estos instantes de cuestionamiento intenso se deja entrever el sabor acre —pero exquisito— de la verdadera libertad. ¡Por supuesto que esto es la libertad!

Un espejo de carácter tétrico pero moldeable, que nos revela el último sentimiento que queremos sostener antes de nuestra desaparición. En esencia, la verdadera libertad es elegir conscientemente los caminos que duelen... y duelen, precisamente porque hubo que renunciar a otros.

Cuando estamos en este punto de quiebre, el deseo nos llama a racionalizar, y es que como individuos lo que buscamos constantemente es una balanza entre el elixir del placer y la evasión del dolor... lo que nos enfrentamos en realidad es a un problema de dimensión Inter temporal y de paso anímico, ético y profundo. Por un lado, cuando miro a mi entorno y la carrera de liebres, yo me siento como la tortuga. No porque me falte capacidad, sino porque mis pasos se han detenido a contemplar el abismo. Mientras todos corren por el acceso -el oro, el estatus, las vitriñas llenas- yo me descubro, a ratos, mirando el polvo, pensando por destellos si aquella prisa no es más sino una forma de huida. Pero debo ser sincero conmigo mismo y confesar: me duele no tener nada que mostrar. Nada que colgar en la pared para que el mundo y mis pares digan “lo

lograste". Aunque de forma opuesta cuestiono: ¿Qué logro puede valer más que conservarme a mí mismo?

La invención de la rueda nos enseña que lo correcto es el sacrificio. Sacrificar el presente, el deseo, el alma... para que un día, quizá, pueda comprarle a mi familia y a "mí" una vida más amable. Es indudable la nobleza de aquel deseo, pero se divisa una cárcel porque no sé si quiero salvar a los míos o solo justificar mi propia renuncia. Hay días en que pienso: "¡Vete! ¡Desaparece! Escóndete en la cabaña, escribe, conecta, vuelve al principio, al fuego y al espíritu en el que yace lo más cristalino de tu ser. Pero entonces llega la noche... y recuerdo los rostros y los placeres. Mis padres, mi familia, los míos y las exquisiteces fugaces de la vida. Recuerdo que mis dones pueden tocar sus vidas. Y que, para hacerlo, tal vez necesito entrar a ese juego que tanto detesto. ¿Y si ese fuera el verdadero sacrificio? ¿Y si quedarme también fuera una forma de amar?

La mente fenomenológica, he descubierto yo, que trata de sumergirme en trampas; por eso, he tratado de ver mi reflejo en otros seres que se han adentrado en esta misma pregunta sobre el camino, sobre la decisión consciente del uso de la libertad más radical. En ese descubrir he hallado cuatro arquetipos que me han permitido discernir las rutas y posibles combinaciones que se pueden ejecutar en el mapa de lo que, a rasgos generales, parece ilustrar la existencia contemporánea de la humanidad. Estos cuatro arquetipos emergen desde una dualidad medular: por un lado, la disponibilidad de recursos externos y, por el otro, el grado de despertar del individuo. Esa intersección es la que da forma a cada figura, y con ellas he intentado pensar mi propio lugar, mis decisiones y las trampas que cada una representa. Porque incluso el que cree haber despertado, puede

estar soñando todavía. Y porque incluso el que no tiene nada, puede tenerlo todo si se atreve a mirar dentro.

Está aquel que todo lo tiene y, sin embargo, no se ha detenido a mirar adentro. Aquel cuya existencia se desliza entre lujos, gratificación y placer, pero que no se permite el vértigo de una pregunta verdadera. Vive anestesiado por la abundancia, adormecido por una calma sin profundidad. Su alma está muda. Y no porque no tenga algo que decir, sino porque nunca se le ha exigido que hable.

Hay también quienes nunca han tenido nada. No porque hayan elegido el vacío, sino porque la vida se les ha presentado así: desnuda, áspera, repetitiva. Algunos de ellos ni siquiera llegan a formularse la pregunta por el sentido, no porque no puedan, sino porque las condiciones estructurales han hecho que mirar al abismo sea un lujo. Son ellos, precisamente ellos, los que con más urgencia necesitan del susurro transformador de la educación. Porque en sus ojos podría nacer una sociedad verdaderamente distinta... si tan solo pudiéramos acercarnos la luz de una voz que les nombre. Sin esa voz, el despertar queda reservado para unos pocos, y la libertad se vuelve una fábula elitista.

He pensado también en quienes, a pesar de no tener garantías materiales, han decidido renunciar por completo a todo. Lo dejan atrás todo: comodidades, vínculos, reconocimiento. Se aíslan, se vuelven fuego puro. No se conforman con adaptarse; quieren crear desde la raíz. Pero a veces, en su necesidad de pureza, también se olvidan del mundo. Su llama puede volverse intransigente. Y en su rechazo al sistema, se les escapa la ternura, el juego, la conexión. Su verdad

se vuelve tan afilada que ya no se puede tocar sin sangrar.

Finalmente, hay quienes habitamos ese espacio ambiguo entre la conciencia y el deseo de pertenecer. Oscilamos. Caemos en contradicción. Nos perdemos en la búsqueda de sentido y, al mismo tiempo, soñamos con no tener que renunciar a todo para encontrarlo. Nos gusta el fuego, pero también el sofá. Queremos retirarnos, pero también queremos tocar la vida de quienes amamos. Yo he estado ahí. Ahí sigo, de hecho. Y aunque no poseo la garantía materialista que algunos imaginan como un punto de llegada, reconozco el privilegio que ha moldeado mi camino y mis opciones. Y desde ahí escribo.

Estos arquetipos —como advertía— no son cajas cerradas. Son espectros que se entrecruzan, se contaminan, se resbalan entre sí. Yo he sido, por momentos, el adormecido que niega sus preguntas; y he sido también el ambivalente que, con el corazón en la mano, se pregunta si quedarse también es una forma de amar. Cada uno de nosotros es una mezcla inestable. Pero la pregunta no es en qué cuadrante estás, sino qué haces con el despertar cuando llega. Porque si algo he aprendido, es que no todos tenemos la misma oportunidad de ver el abismo. Y, sin embargo, aquellos que sí podemos hacerlo —quienes tenemos una mínima base de acceso, tiempo o conciencia—, debemos respondernos con honestidad: ¿Qué haremos con el privilegio de nuestra libertad?

Después de darle infinitas vueltas a la pregunta, creo haber vislumbrado una figura más: un quinto arquetipo. Ese que no se obsesiona ni con huir del sistema ni con pertenecer a el, sino que logra sincronizarse con los mecanismos externos, como si la vida —por momentos— premiara a quien

actúa desde la coherencia. No se trata solo de seguir una pasión, ni de confiar ciegamente en el talento. Se trata de algo más sutil: una fidelidad profunda al propio centro, tan honesta y afinada, que termina encontrando un lugar útil dentro del sistema. Es una paradoja ridícula, casi absurda: parece que el mundo comienza a colaborar cuando dejamos de pelear con el y empezamos a vivir desde lo que realmente somos.

Pero para llegar ahí, he tenido que mirarme con cierta crudeza. Reconocer que muchas de las decisiones que no tomé o tomé, no fueron por ignorancia o falta de convicción, sino por miedo a mostrarme completo. Miedo a que mi verdad fuera demasiado luminosa o demasiado frágil. Solo ahora empiezo a comprender que lo que paraliza no es la falta de propósito, sino las capas que lo recubren. Una a una se han ido cayendo, no por fuerza, sino por rendición. Y en esa rendición, apareció una claridad serena: no tengo que esconderme ni demostrar. Solo afinar el gesto, y cuidar lo que brota a la superficie cuando no estoy forzando nada.

Porque cuando eso ocurre, el éxito —si llega— ya no es una meta, sino una consecuencia. Y deja de ser mío. Se vuelve algo que pasa a través, como un río. Algo que no acumulo, sino que comparto. Algo que no se mide, sino que se siente en los ojos de quien me escucha, de quien me acompaña, de quien recibe el eco de una vida vivida con cierta armonía entre lo que se deseaba y lo que se entregó.

Y por eso, hoy no quiero ganar. Quiero tocar. No quiero llegar primero. Quiero llegar con otros. Y así cuando el silencio final me alcance... que encuentre mi alma ya cruda, abrazada con el

mundo, sin nombre, sin testigos, pero con esa certeza de haberme explorado cada día.

Nota Final

A ti, gracias por haberme acompañado hasta aquí.
Ojalá hayas disfrutado este texto tanto como yo al escribirlo.

Hay palabras que solo salen desde el fuego interno, y este ensayo es una de ellas.

Fueron muchos pensamientos y emociones desordenadas...

pero al final, creo que eso somos: amor, confusión y una esperanza testaruda que se niega a rendirse.